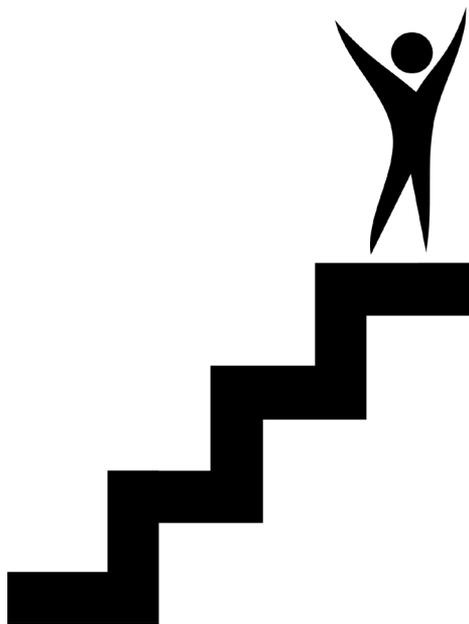


# TRES PASOS PARA ENTRAR AL CIELO



**JOE CREWS**



Marca Registrada © 2011 Por Lu Ann Crews

Todos los derechos reservados.  
Impreso en los Estados Unidos de América.

Publicado por:  
**Amazing Facts International**  
P.O. Box 1058  
Roseville, CA 95678-8058  
800-538-7275

A menos que se indique lo contrario, la versión de  
la Biblia utilizada es la Reina-Valera 1960®.  
Copyright © Sociedades Bíblicas en América Latina.  
Utilizadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición de Traducción: Crosslingo SP

# TRES PASOS PARA ENTRAR AL CIELO

JOE CREWS

1. El diagnóstico ..... 4
2. Las condiciones del perdón ..... 5
3. ¿Qué es el arrepentimiento? ..... 7
4. ¿Por qué debemos confesar? ..... 8
5. La restitución ..... 10
6. La necesidad del nuevo nacimiento ..... 12
7. Cómo obtener la victoria: La santificación ..... 15
8. La fe no contempla el fracaso ..... 17

## El diagnóstico

Si existiera una carretera hacia la luna, habría que conducir 20 meses, sin interrupciones, a una velocidad de 644 kilómetros por día, para llegar a este cuerpo celeste. Si existiera un ferrocarril que se extendiese hasta el sol, le tomaría a un tren aerodinámico, viajando sin parar a 145 kilómetros por hora, 116 años para llegar al sol. Un avión que vuela a 805 kilómetros por hora tendría que viajar sin escalas durante 500 años para llegar a la estrella fija más cercana.

Sin embargo, mucho más allá del cielo estrellado, se encuentran las puertas de perla de la gran ciudad celestial de Dios. Nadie sabe a qué distancia está, y no existe la más remota posibilidad que alguien construya un vehículo espacial para viajar allá, pero todos nosotros tenemos acceso a ese hermoso lugar, si seguimos tres sencillos pasos de los que hablaremos en este pequeño libro.

En Apocalipsis, Juan declaró que “ninguna cosa inmunda” entraría por las puertas de la morada de Dios. Lo único que contamina, desde la perspectiva de Dios, es el pecado. Isaías escribió: “Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios” (Isaías 59:2). Para volver a vivir en la presencia de Dios, cada individuo debe estar libre de la condenación ocasionada por el pecado. El apóstol Juan confirmó este hecho al describir a la gran multitud que vio en visión, de pie delante del trono de Dios. Tenían palmas en las manos y vestían túnicas blancas, lo que representa la liberación del pecado (Apocalipsis 7:9).

Este es el primer paso en el camino de la tierra hacia el cielo: nuestros *pecados deben estar perdonados*. Es quizás el hecho más conocido de todo el proceso de salvación. Aunque, surgen preguntas desconcertantes con respecto a cómo dar este paso. La verdad es que millones tienen una vaga idea de cómo librarse de la culpa que resulta de sus malas acciones. ¿Cómo puede una persona obtener el perdón y ser restaurada a una unión salvadora con Dios?

Creo que un número incalculable de personas quieren ser cristianas, pero nunca el mensaje ha sido lo suficiente claro ni atractivo para que se decidan. En las próximas páginas, leerá la explicación más simple y básica del plan de salvación. Incluso los niños podrán comprender lo que significa ser salvo. No comparto la idea de decir

a la gente que están perdidos y que necesitan salvación. Debemos mostrarles paso a paso cómo pasar de la muerte a la vida. El médico no les dice a sus pacientes que están enfermos y que deben curarse, sin prescribir el remedio. De la misma manera, debemos estar preparados para ofrecer una cura, específica a los que han sido diagnosticados con la enfermedad del pecado.

DOS

## **Las condiciones del perdón**

Examinemos más de cerca este primer paso identificado como *Pecados Perdonados*. ¿Cómo se obtiene el perdón por pecados que se han convertido en algo tan común para los seres humanos? Hay que entender desde un inicio que existen tres condiciones para que nuestros pecados sean perdonados: el arrepentimiento, la confesión y la restitución. No permita que estos largos términos teológicos lo confundan. Los explicaremos en lenguaje simple para que todos entiendan su significado y sepan cómo cumplirlos.

¿Qué quiere decir la primera condición? ¿Qué es el arrepentimiento y de qué debemos arrepentirnos? La Biblia dice: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). El significado de estas palabras inspiradas es muy claro. Sin tener en cuenta nuestra riqueza, sexo o situación de vida, todos hemos tomado decisiones personales de violar la ley de Dios. La Biblia lo llama pecado. Ningún esfuerzo humano decidido ha sido suficiente para superar las tendencias heredadas de nuestra naturaleza. Los resultados del pecado original de Adán y Eva se han transmitido de generación en generación, incluyendo la nuestra. La incapacidad de cumplir con las normas de Dios es parte de la naturaleza carnal que ha marcado a cada miembro de la familia humana, desde la caída de nuestros primeros padres.

Podemos entender mejor cómo “todos pecaron”, cuando miramos al hermoso e inocente bebé haciendo un berrinche, si no se hace su voluntad. No hay edad en la cual la naturaleza caída tenga el poder de controlar la vida y modificar el comportamiento. La Biblia declara: “Por cuanto los designios de la carne... no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). Jeremías hizo una observación interesante: “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?

Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?” (Jeremías 13:23).

Dicho de otro modo, ninguno de nosotros tiene la capacidad de cambiar esta condición perdida y moribunda que se nos ha impuesto. No podemos valernos por nosotros mismos. Ni siquiera la educación, la cultura o cualquiera otra comodidad que ofrece la sociedad, pueden revertir las consecuencias de nuestra herencia pecaminosa.

Luego de reconocer que la inclinación a ceder en favor de nuestra naturaleza genética nos ha condenado a todos, somos confrontados con el resultado de nuestras transgresiones. Pablo lo describe concisamente con estas palabras: “Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Con esta impactante afirmación, aparece ante nosotros lo horrendo de nuestra situación. No solo somos culpables, sino también hemos sido sentenciados a morir por nuestros pecados. Todo miembro de la familia humana está condenado a muerte, como consecuencia de la desobediencia voluntaria.

¿No es alarmante enfrentarnos a nuestra propia sentencia de muerte, sabiendo que no existe tribunal ni juez en el universo que nos declare “inocentes”? El hecho es, desde luego, que somos culpables de pecar. De la misma manera, el castigo es irreversible, y Dios mismo no podría suspender la condena, sin contradecir su carácter y su ley.

¿Existe alguna solución para este dilema? Alguien podría sugerir que nuestro único recurso es proseguir y pagar la pena por lo que hemos hecho mal. Al morir por nuestros pecados, podemos no solo defender la justicia de Dios, sino también satisfacer las demandas de una ley quebrantada. Es posible, pero ¿dónde nos deja eso? Dado que no tenemos poder para levantarnos de entre los muertos, seríamos privados de la vida eternamente, sin esperanza de una resurrección. Sin duda, esa opción no parece ofrecer una respuesta satisfactoria a nuestro problema.

Finalmente, tenemos que enfrentar el hecho perturbador que debemos algo que no podemos pagar. Debemos nuestra propia vida como consecuencia de haber pecado, y no tenemos forma de pagar, sin perder la existencia futura. Es como si un hombre compra todos los alimentos del mes a crédito y luego no tiene forma de liquidar el saldo pendiente de \$200 dólares, al final del mes. Por pena y vergüenza, evita ir a la tienda donde tiene la cuenta morosa. Pero entonces el mejor amigo se entera del problema financiero del pobre hombre.

Inmediatamente, va a la tienda y paga los \$200 dólares para liquidar la deuda. ¿No es este un acto maravilloso de amistad y amor? Ahora, él no tiene motivos para sentirse avergonzado o culpable. La deuda ha sido pagada. Su récord está limpio. ¿Qué pensaría usted de ese hombre indultado, si hubiera rechazado el acto bondadoso de su amigo? ¿No sería un flagrante insulto para quien hizo semejante gesto magnánimo?

Apliquemos esa pequeña historia a nuestro caso. También debemos algo que no podemos pagar: nuestra vida misma. Pero un amigo, en la persona de Jesús, dice: “Me haré cargo de tu deuda, sufriré la muerte en tu lugar y lo acreditaré todo a tu cuenta personal”. Esa oferta respalda los tres pasos considerados en la experiencia de la salvación. Constituye la base para recibir el perdón de nuestros pecados. ¿Cómo se transfieren la culpa, la condenación y la pena de muerte de nosotros a Jesús, nuestro sustituto divino? La respuesta a esa pregunta retoma las tres condiciones para dar el gran paso y obtener el perdón. La primera condición es *el Arrepentimiento*.

TRES

## ¿Qué es el arrepentimiento?

Prometí simplificar esa palabra teológica larga. Literalmente significa sentir dolor piadoso por los errores que hemos cometido. Esa tristeza genuina es posible cuando reconocemos plenamente, que nuestra única esperanza se basa en la muerte de Jesús en la cruz, en nuestro lugar. Con impotencia, debemos dejar de centrarnos en nosotros y contemplar “al Cordero de Dios”, que quita el pecado del mundo. ¿Qué sucede cuando lo vemos sangrante, sufriendo y muriendo en la cruz? Reconocemos su santidad e inocencia. Los culpables éramos nosotros. Deberíamos estar colgados en la cruz en su lugar. Nos abruma pensar que Cristo se habría sometido a la tortura y la muerte por tan solo un alma, incluso por ti o por mí. Se nos llenan los ojos de lágrimas, cuando entendemos que nuestros pecados causaron su muerte en la cruz. Su corazón se quebrantó por el peso aplastante de nuestros pecados. Sufrió voluntariamente el castigo que nosotros merecíamos. Nos embarga la *tristeza* por haber cometido los mismos pecados, que ahora le quitan la vida al Hijo de Dios. *Ese dolor es arrepentimiento*.

Debemos distinguir claramente entre una tristeza mundana y una tristeza piadosa y genuina. A veces, los niños dicen: “Lo siento” cuando se los castiga por su mala conducta, pero, con frecuencia, lo que lamentan es haber sido descubiertos. Este no es un verdadero arrepentimiento. Cuando estaba en la escuela secundaria, uno de mis profesores era el entrenador deportivo. Era un tipo bastante agradable, pero no se comunicaba bien. Por lo que fue un placer, cuando una maestra joven tomó su lugar a mitad del año escolar. Todos estábamos encantados, porque esta nueva profesora era muy bonita, y no mucho mayor que algunos de nosotros.

Al principio, competíamos por su atención en formas que eran una distracción para los demás. Un día me quedé después de la escuela con dos amigos, jugando baloncesto. Más tarde, después que todos los demás estudiantes se habían ido, pasamos por el salón para recoger nuestros libros. Justo antes de abrir la puerta, miramos a través del panel de cristal de la puerta, y vimos a nuestra hermosa maestra llorando en su escritorio. No tenían que decirnos por qué lloraba, al instante recordamos algunas de las cosas que habíamos hecho durante las clases. No era nuestra intención lastimarla. Nos gustaba mucho y no teníamos idea que le causábamos tanto dolor. Nos sentimos avergonzados de nosotros ese día, y afligidos, los tres nos alejamos por el pasillo sin abrir esa puerta. Hicimos una promesa, que nunca volveríamos a hacer nada que le causara daño a nuestra hermosa y joven maestra. Estábamos verdaderamente arrepentidos.

Este mismo principio se aplica a aquellos que sienten pena por el dolor que sus pecados le causaron a Jesús, y por la gracia de Dios, deciden apartarse de todo lo que le desagrada.

CUATRO

## ¿Por qué debemos confesar?

La segunda condición del perdón se llama *la Confesión*. Juan escribió: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Suena bastante sencillo. Sin embargo, es en este punto que la mayoría tropieza y se desvía. La pregunta que nos hacemos con frecuencia es: ¿Cómo sé que he sido perdonado? Solo hay una respuesta correcta a esa pregunta. Sabemos que somos perdonados, porque Dios dijo que

lo seríamos. Aquí entra en escena el precioso componente de la fe. Tenemos sobradas razones para saber que la Palabra de Dios no falla. Todo lo que dice se hace realidad. Cada promesa de la Biblia conlleva un poder integrado y autorrealizable.

¿Podría el hombre cojo de nacimiento ponerse de pie? No, era imposible. Todos los días lo llevaban a mendigar fuera del templo de Jerusalén. Sin embargo, Pedro le ordenó: “En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (Hechos 3:6). Supongamos que el hombre se hubiera quedado en su lecho y le hubiera dicho a Pedro: “Ni siquiera puedo ponerme de pie, mucho menos caminar o correr. He sido un lisiado toda mi vida y no tengo fuerzas en las piernas para levantarme de esta cama”. ¿Cree que así habría sido sanado? No, tuvo que aceptar, como hecho probado, que Jesús de Nazaret le había fortalecido los tobillos para poder levantarse y caminar. Cuando hizo el esfuerzo de pararse, sus pies volvieron a la normalidad. “Conforme a vuestra fe, os sea hecho”.

Puede que no se *sienta* perdonado cuando lo pide, pero la promesa es que *será* perdonado. Olvídense de cómo se siente. Crea que lo está porque Dios lo dijo así. Agradézcale por ello, y luego actúe como si lo estuviera, porque está perdonado. Su fe lo convierte en una realidad.

Alguien podría decir: “Bueno, pensé que el sentimiento de felicidad de los cristianos es el resultado de aceptar a Jesús”. Permítame asegurarle que las emociones vienen como *resultado* de su fe y del perdón, pero recuerde siempre que la fe debe preceder las emociones. Pablo tenía razón cuando escribió: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1). Imagínese por un momento que ese sentimiento vino antes que la fe en el perdón. En ese caso, usted sería un pacífico y gozoso incrédulo, y no existe criatura semejante.

Por cierto, ¿cuál es el verdadero secreto detrás del proceso de confesión? ¿Por qué necesitamos contarle a Dios nuestros errores y pecados? ¿No lo sabe ya, sin que se lo contemos? Por supuesto, no hay nada que le digamos a Dios que él no sepa. Nuestra confesión tampoco lo hace cambiar de parecer; nos cambia a nosotros. Pregúntele a cualquiera que haya sido suficientemente valiente para pedir perdón. Estoy seguro que recuerda haber tenido que pedir perdón a alguien en el pasado. Quizás repitió algún rumor exagerado sobre una persona y

esta se enteró de que usted era el responsable. A pesar de cuán difícil era, se armó de valor y balbuceó sus disculpas. ¿Qué ocurrió inmediatamente? Sintió que se había quitado un gran peso de encima. Un enorme alivio inundó su alma. Sin embargo, no dijo nada que la persona no supiera. Esta era consciente de las palabras que le produjeron tanto dolor. Usted necesitaba esa confesión, más que el agraviado.

CINCO

## La restitución

La tercera condición para que nuestros pecados sean perdonados es, *la Restitución*. Esta palabra larga simplemente significa que hacemos todo lo posible por corregir las cosas que hemos hecho mal. Por supuesto, reconocemos que no es posible regresar al pasado y rectificar cada error, cada mentira y cada acto deshonesto. En primer lugar, ni siquiera podemos recordar todas las veces que hemos sido culpables de esas cosas. Esto llevaría a una persona al borde de la locura, al sentir la responsabilidad de una exigencia tan imposible. Sin embargo, el Espíritu examina nuestra conciencia y nos recuerda lo que es necesario corregir.

Si hemos robado algo, sin duda hay que devolverlo. Si hemos dicho mentiras que dañaron la reputación de alguien, hay que disculparse y decir la verdad, para eliminar cualquier estigma en el carácter de esa persona. A veces, la prisión es una consecuencia, si se han cometido delitos de hurto o robo, pero es muy importante reembolsar, siempre que sea posible. En los casos de no ser posible, el arrepentido puede confiar en los méritos purificadores de la sangre de Cristo para recibir perdón y restauración.

¿Es difícil confrontar y corregir nuestros pecados pasados? En efecto, es probablemente la parte más difícil del proceso de redención. Lo que explica por qué tantos se han convencido a sí mismos, que no es un requisito bíblico. Pero, ¿no sería esto una explicación parcial de por qué la renovación espiritual es tan elusiva en la iglesia moderna? Muchos creen que un reavivamiento mayúsculo, sería una realidad en las iglesias cristianas, si cada miembro hiciera una restitución genuina a los que han agraviado.

El cumplimiento de las tres condiciones, el arrepentimiento, la confesión y la restitución, nos da la seguridad que hemos dado el

mayor paso para convertirnos en verdaderos cristianos. Los pecados han sido perdonados y no pueden abrumar de culpa, la conciencia. En esto encontramos la respuesta a la pregunta sobre la transferencia del pecado al sustituto divino. Cuando nos acercamos con fe, creyendo que Jesús realmente ha tomado nuestro lugar en la cruz, realiza una transacción maravillosa. La pena de muerte que recaía sobre nosotros se suspende al instante y se le imputa a Jesús. Es exactamente como si estuviéramos con él en la cruz, sufriendo la sentencia impuesta y, sin embargo, solo estuviéramos allí por fe. Él experimentó el dolor y el castigo por nosotros, pero debido a que lo reconocemos como nuestro Salvador, nos trata como si nosotros mismos hubiéramos muerto y pagado por nuestros pecados.

Pero Dios no solo acepta el sacrificio expiatorio de su hijo, como el cumplimiento de la sentencia de muerte universal contra cada miembro de la raza caída, sino que también le imputa a cada uno que elige aceptar, el mérito de vivir una vida tan santa como la que Jesús vivió. Es decir, no solo los declara “inocentes”, si no que los considera tan justos al igual que el Salvador que vivió aquí como humano durante 33 años, sin cometer pecado. Es de esta manera asombrosa, que se cancelan todos los niveles de transgresión y “todo el que quiera” puede estar sin condenación ante Dios. La fe de Jesús por sí sola ha abierto una puerta a un nuevo “estatus” con relación a Dios. Se llama justificación, y provee perdón para cada acto malo del pasado del cual nos hayamos arrepentido, hayamos confesado y abandonado. Y aunque se podría decir que la muerte de Jesús, en un sentido, reconcilió de forma corporativa a los hombres con Dios, es a través de la aceptación personal del sacrificio, que podemos experimentar la “justificación por la fe”.

Por lo tanto, ¿es la salvación una mera “rendición de cuentas” por parte de Dios? ¿Nos toca solo *creer* que Dios hace todo por nosotros, y luego no lleva al cielo flotando en nubes de color rosa? Por supuesto que no. Hasta ahora, hemos descrito esa parte de la justificación por la fe que fluye fuera de nosotros. Se llama la justificación y se basa únicamente en los actos objetivos de Dios en nuestro favor. No podemos ganarnos este crédito imputado por ser justos. Solo podemos aceptar los méritos expiatorios de la sangre de Jesús, lo cual evidencia que alguien más recibió el castigo por nuestros pecados. Al ejercer fe en este sustituto divino, quien tomó nuestro lugar, es como adquirimos cierto “estatus” de justos ante Dios.

Pero es absolutamente necesario que entendamos que Dios no nos llama justos cuando en realidad no lo somos. La justificación por la fe es más que la “adquisición de estatus” o “rendición de cuentas”. Dios no solo nos hace justos a través de la justificación, para ocuparse de nuestros pecados pasados, sino que también nos imparte justicia a través de la santificación para protegernos de futuros pecados. En otras palabras, hay un “estado” de justicia ante Dios, así como un “estatus” de justos. Ahondaremos un poco más sobre estos dos aspectos de la justificación por la fe, a medida que avancemos en el próximo capítulo. Tome en cuenta que, ya sea imputada o impartida, la justicia verdadera se origina en Dios y permanece en nosotros siempre y cuando Cristo more en nosotros por medio de la fe.

SEIS

## **La necesidad del nuevo nacimiento**

Estamos preparados para considerar el segundo paso en este emocionante viaje de la tierra al cielo, y está muy ligado a la transacción de fe que ya hemos considerado. Ese momento de aceptación, no solo nos trae un cambio objetivo de estatus ante Dios, sino que también produce una fantástica transformación subjetiva en el corazón y la mente del creyente. Jesús se refirió a esta experiencia dramática como “nacer del Espíritu”. La necesidad de nacer de nuevo es palpable en las palabras urgentes del Maestro a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3).

No hay forma de analizar o diagnosticar el cambio milagroso y a menudo instantáneo, que acompaña este acto de fe. El apóstol Juan parece expresarlo de la manera más sencilla posible: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). A pesar de no comprender el misterio, podemos observar los resultados con mucha claridad. Pablo lo describió con estas palabras. “De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

Como un suave roce del viento invisible, el Espíritu Santo de Dios entra en la vida para reemplazar las cosas carnales a las que renunciamos, con exactamente lo opuesto. Aunque la naturaleza caída

inherente no es eliminada con el nuevo nacimiento, la mente carnal es reemplazada por una mente espiritual, que tiene el poder de subyugar todos los deseos y las pasiones que puedan surgir de esa naturaleza caída. Es este trabajo progresivo, de conquistar el yo y someter constantemente la voluntad a Cristo, lo que nos lleva al tercer paso en nuestro peregrinaje celestial. Lo llamamos, *la santificación*.

Una vez más, cuando reducimos esta larga palabra teológica a su significado básico, toda confusión desaparece. Simplemente significa la obediencia del corazón a toda la voluntad revelada de Dios. La frase “del corazón” distingue esos actos de obediencia de la conformidad legalista forzada, de los que tratan de ganar la salvación, solo guardando la ley. Algunos religiosos de mentalidad liberal equiparan obediencia con legalismo. Ignoran la diferencia entre el servicio del corazón y el servicio que obedece a la razón. Uno es la demostración más pura de la religión verdadera y el otro expone la falsificación más peligrosa. Alguien ha sugerido que millones de personas perderán el cielo por solo cuarenta y cinco centímetros, la distancia entre la cabeza y el corazón. Obedecer la ley de Dios, a fin de cumplir con un requisito legal para ser salvo, es el enfoque del servicio basado en la razón, pero la verdadera obediencia del corazón es el resultado espontáneo de una relación personal de amor con Cristo. Cuando hablamos de la santificación aquí, nos referimos únicamente a la obediencia del corazón.

Se ha debatido mucho sobre la forma, en que la justificación y la santificación se relacionan entre sí, así que vamos a aclarar esto con unos pocos y simples comentarios. Necesitamos ambas experiencias para prepararnos para el cielo. La justificación imputa la perfecta victoria de Jesús para cubrir nuestros pecados pasados, pero la santificación imparte el poder victorioso de Jesús para preservarnos de seguir pecando. No podemos tener una sin la otra. Cualquiera que ejerza la fe verdadera será justificado. Todos los que son verdaderamente justificados, son convertidos o transformados en una nueva creación; y todos los que han experimentado el nuevo nacimiento, caminarán en obediencia por amor. La causa-efecto es instantánea e inseparable. No existe la justificación sin la santificación, ni tampoco existe la santificación sin la justificación. Sin embargo, es muy importante tener en cuenta que la justificación, como primer acercamiento a Dios, es gratuita y no se otorga como resultado de nuestras buenas obras. Este principio bíblico requiere que el creyente reciba el don

de la justificación, *antes de* que sea posible la obediencia santificada. Entonces, la conformidad con la ley se reconoce, como el resultado de la conexión entre nacer de nuevo y el Salvador.

Como se habrá dado cuenta, hay muchos cristianos profesos que consideran que el paso número tres es opcional en la experiencia de la salvación. A menos que ignoremos las claras declaraciones de las escrituras, es imposible que lleguemos a tal conclusión. La Biblia dice: “Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser el autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:9). La obediencia es uno de los requisitos espirituales para entrar al reino. Juan declaró que, “No entrará en ella ninguna cosa inmundada, o que hace abominación y mentira” (Apocalipsis 21:27).

El pecado, por supuesto, es lo único que contamina ante los ojos de Dios y está específicamente excluido de entrar por las puertas del paraíso. El pecado se define en la Biblia, como la transgresión de la ley. Esto significa que no habrá ladrones, asesinos, adúlteros, etc., en el cielo. ¿Nos asusta el hecho que se debe desechar el pecado deliberado para ser salvo? Por cierto, no estamos diciendo que las buenas obras de la obediencia sean la base para nuestra aceptación por parte de Jesús, sino que son el acompañamiento necesario de un don concedido gratuitamente a todos los que creen.

Nadie que haya aceptado ese regalo, se sentirá desanimado por el requisito, de dejar de transgredir deliberadamente la voluntad revelada de Dios. Los corazones convertidos están deseosos de complacer a aquel a quien aman, sobre todas las cosas. Se deleitan en caminar en obediencia, porque la ley de Dios ha sido escrita en sus corazones y en sus mentes.

¿Por qué es más fácil para la mayoría de los cristianos, dar los dos primeros pasos de los tres que hemos tocado hasta ahora? ¿Es porque el perdón y la conversión son alcanzados por nosotros y en nosotros, por el poder de Dios, en respuesta únicamente a nuestra fe, mientras que la santificación exige esfuerzo, además de fe? Esto es muy posible. Por esa razón, quiero compartir, en los próximos párrafos, el mayor secreto que he aprendido sobre cómo vivir la vida cristiana. ¿Cómo se pueden dejar los pecados arraigados a una fuerte adicción física o psicológica? ¿Qué pasa con el tabaquismo, el alcoholismo y las drogas?

## Cómo obtener la victoria: La santificación

Se ha prometido la victoria total sobre todo pecado en muchos textos bíblicos, pero cuatro de ellos serán suficientes para traer liberación a todo aquel que los reclame por fe. ¿Puedo dirigirme a usted personalmente en relación a las debilidades, problemas o adicciones que lo aquejan? Los pasos simples y prácticos que está a punto de aprender podrían marcar la diferencia entre la vida y la muerte, en su futuro. No permita que nada lo desvíe de esta fórmula bíblica que garantiza romper cualquier cadena o hábito, que esté dispuesto a dejar.

El primer texto contiene un principio muy importante acerca de la victoria sobre el pecado. “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57). Que esta gloriosa verdad quede fija en su mente. ¡La victoria es un regalo! No es algo que se puede ganar o merecer. Tampoco se otorga como recompensa por el esfuerzo. Se concede gratuitamente a quienes la soliciten de la forma correcta. Pero, se preguntará, ¿cuál es la manera correcta de pedirle a Dios este regalo? La respuesta está contenida en una sola *palabra*: *fe*. Jesús dijo: “Según vuestra fe, así os sea hecho”. Todo lo que se promete en la Biblia, se le concede si lo pide, pero debe creer, para recibir.

Ahora ilustremos ese principio analizando el segundo texto en Mateo 7:11: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas *dádivas* a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le *pidan*?” (énfasis agregado). Note que este versículo también habla de pedir regalos, y el texto anterior nos dijo que el regalo es la “victoria” sobre el pecado. De estas palabras de Jesús, deducimos que el Padre está más dispuesto y deseoso a darnos las “cosas buenas” que pedimos, que nosotros alimentar a nuestros hijos cuando tienen hambre.

La siguiente pregunta: “¿Es bueno pedir la victoria?” Por supuesto, la victoria también es un “regalo”, como dice en 1 Corintios 15:57. Con la autoridad de las propias palabras de Jesús, si pedimos este buen regalo, Dios nos lo dará más libremente, de lo que los padres amantes alimentarían a sus hijos.

Por cierto, ni siquiera tenemos que incluir la frase “si es tu voluntad” en esta oración de petición, porque la Biblia ya nos asegura que

es su voluntad liberarnos de todo pecado. Si estuviéramos pidiendo algún regalo físico, como salud o un mejor trabajo, tendríamos que incluir esa frase en nuestra oración.

Ahora, estamos preparados para hacer una observación. Cualquier regalo de victoria sobre el pecado que pida, le será otorgado de inmediato. *Si no lo cree de corazón, no la pida.* Si cree que la victoria será suya en el momento en que la pida, arrodílese y pídasela ahora mismo, llamando al pecado por su nombre. Cuando se levante de sus rodillas sentirá que nada ha cambiado, pero lo que siente no tiene nada que ver con eso. Ya ha sucedido algo maravilloso. En el instante en que oró, Dios colocó una gran reserva de poder en su vida. ¡Ese poder es la victoria sobre su pecado! ¡Ya lo tiene!

Algunos preguntan: “¿Cómo puedo saber que se me ha otorgado la victoria?” Simplemente porque Dios prometió dársela cuando se lo pida. En algunos casos, Dios le quita el gusto o el deseo por la actividad, pero esa no es su forma habitual de proceder. El apetito puede continuar siendo un problema para la mayoría de los que buscan la liberación, pero cuentan con el poder de Dios para no volver a ceder a ese deseo. El secreto es aceptar sin dudar, que lo que Dios prometió se ha cumplido.

¿Recuerda cómo Pedro caminó sobre el agua? Jesús le aseguró que podía hacerlo y el pescador salió de la barca y comenzó a hacer lo imposible. Nadie puede caminar sobre el agua, pero Pedro lo hizo, por un momento. ¿Por cuánto tiempo lo hizo? La Biblia nos dice que el viento y las olas eran muy fuertes, y se asustó. ¿De qué tenía miedo? Evidentemente, de hundirse y ahogarse. ¿No fue eso dudar de la palabra de Jesús? El Maestro le había dicho a Pedro que podía acudir a él.

De la misma manera, él ha prometido darnos la victoria como un regalo. Nos invita a acercarnos a él. ¿Cuál debería ser nuestra respuesta? Cualquiera sea nuestra debilidad espiritual, debemos “salir del barco” y afirmar que tenemos el poder de Dios para no ceder más a ese pecado. Podemos decirle a alguien o a todos, que Dios nos ha liberado, y que ya no estamos esclavizados por ese hábito. Nuestra fe crecerá a medida que demos testimonio de lo que Dios ha hecho, y le agradezcamos y alabemos constantemente por el don de la victoria.

Pablo escribió: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado” (Romanos 6:11). Estas son las palabras más importantes para los que siguen el plan de fe de vencer. La palabra “considerar”

significa darlo por hecho. No debe haber ninguna reserva al considerar el pecado como “muerto”, basándose en la promesa de Dios. Nuestra mayor tentación, en este punto, es pensar en las veces que hemos intentado y fracasado en eliminar este pecado de nuestras vidas. Satanás atacará nuestra fe, sugiriendo que no podemos sobrevivir, sin permitirnos este pecado en particular, y que somos demasiado débiles para dejarlo. Nuestra mayor prueba será reprimir y ahogar ese argumento “intentándolo dejar”, propio de nuestra naturaleza, y enfocarnos por fe en la victoria total, que es el regalo de Dios.

OCHO

## **La fe no contempla el fracaso**

El texto final sobre reclamar liberación se encuentra en Romanos 13:14: “Sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne”. Este último aspecto completa el plan perfecto e infalible de Dios para darnos la victoria. ¿Cómo puede una persona muerta hacer planes para seguir pecando? Si supiera que estará muerto mañana por la mañana, ¿haría planes para mañana por la tarde? Si “se considera muerto” a cualquier pecado, a través del poder de la Palabra, sería una contradicción de la naturaleza actuar como si el pecado todavía estuviera en control. También sería una negación de la promesa de Dios. Si él le dice que ya ha obtenido la victoria, ¡debe creerlo!

Tenemos ante nosotros, el sencillo esquema de la salvación como se describe en la Biblia. Los tres grandes pasos son: *Los Pecados perdonados, el Nuevo nacimiento y la Obediencia*. Cada niño, joven o adulto puede dar esos pasos ahora mismo y pasar de la muerte a la vida. No hay nada misterioso con respecto al acercamiento a Jesús para ser salvo. Los pecados son perdonados cuando se cumplen las tres condiciones establecidas en la Biblia: el arrepentimiento, la confesión y la restitución. Hemos reducido estas palabras largas a una fácil ecuación que aún los más simples puedan entender.

Hemos demostrado que el segundo paso hacia Cristo es la experiencia del nuevo nacimiento. Este cambio profundo ocurre cuando una persona acepta a Jesús como su sustituto personal y su Salvador. A menudo ocurre junto con la justificación imputada, que se acredita cuando se confiesan los pecados. La relación de amor resultante, con

su consiguiente obediencia, cumple el último paso en el proceso de convertirse en cristiano.

Si no ha entrado completamente en esta relación gozosa con el Señor Jesús, no dude en dar los tres pasos ahora mismo. Y si hay alguna confusión sobre qué hacer o cómo hacerlo, simplemente olvídense del protocolo o de los procedimientos y dígame al Señor exactamente cómo se siente y qué desea. Él estará allí para guiarlo hacia la experiencia más satisfactoria que jamás haya imaginado.



¡Visítenos en línea  
**AFBookstore.com**  
y revise nuestro catálogo que cuenta con más  
libros, CDs, DVDs, y mucho más!  
o llámenos al **800-538-7275**.

No se pierda nuestro curso GRATUITO en línea sobre  
Profecía Bíblica en **www.bibleuniverse.com**  
¡Inscríbese hoy y *expanda sus horizontes!*

**AmazingFactsLatino.org**